

Es curioso recordar que cuando se aprobó definitivamente el plan, en 1946, la opinión pública no era consciente –como ha señalado el propio Bidagor– «de lo que representaba para la ciudad» ese nuevo sector. Nadie tenía confianza en su futuro comercial y los propietarios se retraían de invertir en aquellos terrenos; pero, conforme fue quedando patente la intención pública de apoyar el plan, esos mismos propietarios no tardaron en desprenderse de su displicencia: en la década siguiente, alentados por grandes empresas inmobiliarias, emprenderían una enorme actividad constructora, desatando poco después la consentida y galopante carrera de la especulación.

La Castellana, laboratorio de la arquitectura moderna

Aun dentro de la penuria de posguerra, en los años cuarenta se levantaron grandes edificios a lo largo del eje de la Castellana; todos ellos, dentro de una correcta y bien ajustada línea clasicista, nada *intempestiva* respecto a los criterios estilísticos del momento. El arquitecto que de modo más claro supo aunar esas exigencias formales con una pulcra razón constructiva, fue Luis Gutiérrez Soto; había sido, en los años de la República, el adalid de la arquitectura moderna y, tras la guerra, transformando con sorprendente versatilidad su lenguaje (inmediatamente entendido y asumido por la reforzada burguesía), llegó a constituir todo un fenómeno social; mediada la década terminó dos representativas obras en el Paseo de la Castellana: el conjunto del hotel Carlos III, en Colón, y el edificio de viviendas de la plaza del Doctor Marañón (plaza que adquiere su nombre por haber vivido, precisamente en ese edificio, esta ilustre figura).

En 1949 se marcó un punto y aparte con la construcción de la Casa Sindical, de Asís Cabrero; su lenguaje del ladrillo y su sinceridad estructural apuntaban nuevos modos. Este edificio es emblemático del nuevo régimen, y signo de cómo éste supo apropiarse del valor simbólico de la ya principal vía madrileña: la contundente presencia arquitectónica de Sindicatos se levanta frente por frente al Museo del Prado.

Al comenzar los cincuenta, rompiéndose el aislamiento de España con el exterior, reapareció en Madrid la arquitectura moderna. El magnífico edificio de la embajada de los EEUU introdujo programáticamente los valores del Movimiento Moderno; entre ellos, su falta de compromiso con la ciudad heredada: la enorme fachada sobre la plaza de Castelar (más imponente aún por situarse el edificio con entrada –a mucha mayor cota– por Serrano) vino a ser la primera señal de alarma para los que gustaban de la apacible escala de los palacetes en torno.

Lo «oficial» del cambio encontraba su natural expositor en el nuevo tramo del Paseo de la Castellana. En 1954, de acuerdo a los postulados



Torre del Banco de Bilbao, de Sáenz de Oíza, en el centro AZCA

del Movimiento Moderno, se varió el plan Bidagor –no tanto en el espíritu como en la letra–: de la manzana cerrada se pasaba al bloque abierto, y frente a las formas que hundían sus raíces en la tradición española se optaba por el lenguaje internacional. Por otra parte, la administración promovió aquí significativos edificios «modernos»: el más característico, frente a los Nuevos Ministerios, la Escuela del Alto Estado Mayor del siempre ágil Gutiérrez Soto, con el que determinaba un nuevo punto de inflexión en la arquitectura madrileña.

También en 1954 se falló el concurso para el gran polígono comercial de AZCA, que ganó Antonio Perpiñá; proponía, de acuerdo a los principios urbanísticos de la cultura moderna, algo novedoso en el panorama español: una libre ordenación de volúmenes, con espacios *cívicos* entre ellos y circulaciones separadas para viandantes y automóviles. Algo más tarde, pero compartiendo ese mismo talante, se falló el resonante concurso para el aledaño Palacio de Exposiciones y Congresos.

El cambio que se estaba produciendo afectaba no sólo a la nueva Castellana, que se iba cuajando con despejo y desembarazo de nuevos modos en los edificios de viviendas; esas nuevas formas, acaso tratadas con mayor gravedad –pero con igual optimismo– iban insertándose, por excelentes arquitectos, entre los edificios tradicionales de los tramos consolidados. Gutiérrez Soto, una vez más, registraba la evolución producida al levantar, frente a su edificio en Doctor Marañón, la funcional y elegante torre que sería avanzadilla de los derroteros que el Paseo de la Castellana iba a tomar.

El desarrollismo económico de los años sesenta fue un período de amargor para la Castellana: a la fiebre especuladora se unió la sinrazón de un equipo municipal cuyo lema era el de dar al madrileño la sensación de que el Ayuntamiento era emprendedor, que tenía ideas e instrumentaba eficaces soluciones. Aduciendo mejoras en el creciente problema del tráfico, se tomaron importantes medidas conducentes a orillar el original carácter de *paseo* en pro del de vía rápida: cuantos menos semáforos, tanto mejor. En 1968 se procedió a la dura instalación del paso elevado entre Eduardo Dato y Juan Bravo (que borró del plano la paisajista «calle de la S», jalonada de pintorescos palacetes románticos y cuyo trazado sólo es hoy recordable en la esquina curva del edificio con que desembocaba en Serrano); en 1968, sobre todo, se llegó al formidable montaje del scalextric de Atocha, que llevaba un verdadero nudo de autopista a las puertas mismas del Museo del Prado: «un atentado urbanístico necesario y provisional, que desaparecerá cuando se traslade la estación ferroviaria de Atocha» –dijo el alcalde que lo inauguró–; duraría, para oprobio de Madrid, cerca de veinte años.

Con todo, el más irreversible de los *atentados urbanísticos* que sufrió entonces la Castellana –su cicatriz aún nos duele– fue la remodelación